



Viernes 22 de febrero 2025

Cerro Muela del Diablo, 2960 M.s.n.m

El cerro Muela del Diablo se yergue imponente en la zona de Río Blanco, en la Ciudad de Los Andes, Región de Valparaíso, flanqueando el costado norte de la carretera internacional que une Los Andes con Mendoza a través del paso Los Libertadores. Su cumbre, se eleva por sobre los 2.960 msnm, es una formidable estribación rocosa de la extensa arista sureste del cerro Matancilla. Su silueta inconfundible, marcada por una piedra con forma de molar rodeada de escarpados riscos, le otorga su nombre y brinda una panorámica inigualable de los cerros circundantes.

Nuestra travesía comenzó temprano, cuando el sol ya iluminaba las cumbres. Nos reunimos en los estacionamientos de los locales comerciales de Riecillo, listos para afrontar la primera salida del año de nuestro querido club. Con los ánimos encendidos y el espíritu montañero en alto, dimos los primeros pasos de la jornada. Apenas iniciado el recorrido, un inesperado compañero de cuatro patas se unió a la expedición, trotando a nuestro lado con la lealtad inquebrantable de quienes no conocen de caminos ni fronteras.

El calor hizo sentir su presencia desde el inicio, convirtiendo cada paso en una prueba de voluntad. El sol, reflejado en las rocas, amplificaba su intensidad, y la cumbre, distante, parecía desafiar nuestra determinación. Pero con breves pausas, palabras de aliento y las reconfortantes caricias a nuestro fiel amigo canino, seguimos avanzando. Un respiro llegó al cruzar el primer cerco, donde la montaña nos obsequió tranquilidad con una anhelada sombra, aunque efímera, pues el sendero se abrió y el calor volvió a abrazarnos con su peso implacable.

Entonces, como un regalo de los dioses de la montaña, un pequeño río apareció a nuestros pies. El murmullo del agua cristalina fue un bálsamo para el alma. Nos sentamos a contemplar aquel prodigio, conversamos, descansamos y agradecemos. Nuestro amigo perruno,



con júbilo indomable, hundió su hocico en el agua helada, saciando su sed y renovando su energía para el tramo final.

Reanudamos la marcha con un solo propósito en mente: la cumbre. Unidos, enfrentamos los pasos más expuestos, sorteando riscos con cautela y decisión. La montaña nos puso a prueba con un angosto pasadizo donde, en gesto de humildad, inclinamos la cabeza ante la roca que nos impedía el paso. Luego, una pendiente exigente nos desafió a demostrar resiliencia, y finalmente, llegamos al umbral de la cumbre. Allí, nuestro leal compañero decidió tomar una siesta, como si supiera que el tramo final requería una última dosis de coraje.

Y llegó el momento de la valentía. Un salto nos separaba de la cima, un salto entre rocas, con los precipicios como testigos. Con determinación y los preparativos de seguridad listos, uno a uno saltamos hacia la victoria. La cima nos recibió con su majestuosidad infinita, y entre abrazos, risas y fotos, celebramos el esfuerzo, la camaradería y la conquista.

Pero la montaña aún no nos dejaba partir. El calor seguía acechando, recordándonos que el desafío no terminaba con la cumbre. Descendimos con la técnica de escalada inversa para volver al punto desde donde saltamos, luego recuperamos a nuestro amigo canino y emprendimos el regreso hacia el río, donde un almuerzo merecido nos aguardaba.

El descenso fue una última prueba de resistencia. El sol no daba tregua, y cada tramo parecía un tributo que la montaña nos cobraba por haber pisado su cima. Pero con determinación, descansos estratégicos y la frescura del agua recién tomada del río, logramos regresar a nuestro punto de partida. Allí, un festín de completos y una bebida helada se convirtieron en nuestros amigos más leales.

Gracias a mis compañeros de ruta:

Bruno, Alberto, Carolina, Cristian, Iván, Nicolás, Daniel, Fernando y Sofía.

Relator/a: Freddy Aguilar

Editor: Carlos Aros

